

**DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO**  
**02 DE AGOSTO 2020**

La Palabra de Dios que hemos escuchado y el modo de obrar de Jesús Nuestro Señor nos muestran cómo Dios se ocupa siempre de nosotros. Les pregunto, ¿ustedes creen esto?, es decir ¿¡¡¡que Dios se ocupa siempre de nosotros!!!?

Nos dice el profeta Isaías que Dios sabe que todos pasamos necesidades, cada quien las suyas, a muchos en el mundo les falta el sustento básico, sí hay muchos hermanos nuestros que padecen físicamente hambre, sed, carecen de techo, no tienen con qué vestirse, y es imposible para millones de personas visitar el personal médico y conseguir medicinas. Otras personas apenas sobreviven cargando con sus vidas rotas, faltos de algo que a veces no saben ni siquiera formular; otros han perdido el sentido de su estar aquí en el mundo, quisieran estar para algo para alguien pero no logran saberlo; otros han perdido la alegría de vivir y han llegado a creer que la alegría es apenas una ilusión; otros se sienten infinitamente solos en este planeta sin alguien que los respalde, que viva y que sienta con ellos; y muchos otros se sienten abandonados de Dios, arrojados en este mundo a su propia suerte. Ahora bien nosotros o personas cercanas a nosotros han pasado pasan o pasamos por alguna de estas necesidades. A todos nos dice el Señor hoy, a través del profeta Isaías que todas las necesidades que padecemos en este mundo pueden encontrar alivio si dejamos de atenderlas como el mundo quiere que lo hagamos, es decir confiando únicamente en nuestras propias fuerzas. Experimentaremos alivio en nuestras necesidades cuando aprendamos a confiar en Dios más que en nosotros mismos, cuando aprendamos a prestar atención a su voz dejándonos guiar por ella, cuando nos decidamos a practicar sus enseñanzas, y cuando volvamos cada momento nuestro rostro hacia Él, sabiendo que el Señor no está lejos de aquellos que lo buscan y que muy cerca está el Señor, de quien lo invoca.

En el Evangelio el Señor Jesús con su vida misma nos enseña a poner en práctica lo que proclama el profeta. Por favor presten atención a esto que se cuenta en el Evangelio de hoy: El alma humana y sensible de Jesús que se conmovió ante el dolor de la viuda que llevaba a enterrar a su hijo, que se llenó de emoción con la monedita que una mujer echó en las alcancías del templo, que lloró por la muerte de su amigo Lázaro y lloró también contemplando la ciudad de Jerusalén mientras decía: “cuánto he querido cobijarlos sobre mis alas como hace la gallina con sus pollitos pero no han querido”. Este mismo Jesús acaba de recibir la noticia del asesinato de Juan el Bautista, qué dolor hondo traspasaría su alma, cuántas preguntas lo asaltarían en esta nueva etapa de su ministerio, y también quizás lo visitaba la angustia, pues la muerte del Bautista era ya un presagio de su propia

muerte. En medio de lo que padece alma adentro, Jesús decide irse a un lugar apartado y solitario, es decir va a buscar el rostro de Dios su Padre como solía hacerlo en los momentos más importantes de su existencia. Y yendo a buscar al Padre en aquel lugar apartado y solitario el rostro de su Padre se le presenta de modo distinto a como solía hacerlo en las noches enteras que pasaba en oración. El Padre se le aparece con rostro de pueblo sufrido, de un pueblo lleno de necesidades y Jesús entonces se compadece de sus dolencias y comienza a sanar a los enfermos, ha transcurrido casi un día entero y Jesús y la gente no quieren que esto termine, pero los discípulos les recuerdan a este par de enamorados: Jesús y su Pueblo, que hay que ir a comer y que es mejor que los despida. Jesús se rehúsa a despedirlos, su compasión le impide abandonarlos, y entonces les dice a los discípulos que ellos les den de comer. A ellos que han visto con sus propios ojos todo lo increíble que Jesús ha hecho les parece imposible que puedan alimentar esta multitud, sin embargo hacen lo que Jesús les dice, confían en Él, le entregan a Jesús lo que tienen: cinco panes y dos pescados. Jesús toma los cinco panes y los dos pescados, pronuncia una bendición, los presenta a Dios y los reparte. Jesús con el gesto de presentar estos dones y pronunciar la bendición nos enseña que es suficiente, para que Dios haga su obra: nuestra fe en Él y la bendición sobre los recursos que Dios ha puesto en nuestras vidas. Tenemos todo lo necesario para hacer frente a nuestras necesidades porque Dios se hace presente a través de nuestra fe y de los recursos que Él mismo ha puesto en nuestros cuerpos, nuestras almas, nuestras mentes, y nuestro espíritu.

Queridos hermanos a nosotros que hemos encontrado a Dios y en Él todo lo que necesitamos para vivir en este mundo y entrar en la vida eterna: ¿Qué cosa podrá apartarnos del amor con que nos ama Cristo? ¿Las tribulaciones? ¿Las angustias? ¿La persecución? ¿El hambre? ¿La desnudez? ¿El peligro? ¿La espada? Ciertamente de todo esto salimos más que victoriosos, gracias a aquel que nos ha amado; pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni el presente ni el futuro, ni los poderes de este mundo, ni lo alto ni lo bajo, ni creatura alguna podrá apartarnos del amor que nos ha manifestado Dios en Cristo Jesús.